

THE HORUS HERESY®

*Nick Kyme*

# NACIDOS DEL FUEGO

*El martillo y el yunque*



timunmas

THE HORUS HERESY®

NACIDOS  
DEL FUEGO

Nick Kyme

timun**mas**

Título: *The Horus Heresy nº 50/54 Nacidos del fuego*

Versión original inglesa publicada por *Black Library*  
*Born of Flame* © Copyright Games Workshop Limited 2019.  
*Born of Flame, Nacidos del fuego*, GW, Games Workshop, Black Library,  
The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer,  
Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones,  
imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes,  
y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Título original: *Born of Flame*

Ilustración de la cubierta: Neil Roberts

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: Daniel Casado  
Edición revisada por: Juan Pascual Martínez Fernández

ISBN: 978-84-450-0838-6  
Depósito legal: B. 3.389-2021

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Web: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>  
Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

## CONTENIDO

SOL DE PROMETEO	11
TIERRA CARBONIZADA	115
ARTEFACTOS	205
DEBER INMORTAL	221
HIJOS DE LA FORJA	243

Nadie lo vio morir. La selva cobró vida y se lo llevó. El guerrero simplemente había desaparecido sin hacer ruido alguno. Su asesino se volvió borroso y se confundió entre las sombras hasta perderse en la niebla que formaba el calor. La luz que penetraba a través de las densas copas de los árboles era muy escasa. Los hombres, presos del pánico, formaban una apretada columna mientras buscaban sus globos lumen. La embriagadora pesadumbre resultaba sofocante. Pese a que el calor hacía que el ambiente fuera espeso, los guerreros sentían frío por el miedo creciente. Varios rayos de luz provocaron que los escarabajos nocturnos se arrastraran hasta la oscura hondonada. Las serpientes de vid colgaban inertes e imitaban a la planta que les daba nombre con la esperanza de que nadie notara su presencia. Si tan solo los hombres pudieran hacerse los muertos del mismo modo y esperar que su depredador se marchara... Unas hojas planas, que en realidad no eran hojas, jadeaban y palpitaban, pero no había ningún rastro del monstruo. Los gritos de pánico se sosegaron, lo que dejó paso a una tensión silenciosa al tiempo que la selva se tragaba las voces y arrebatava la determinación de los guerreros. El maestro de disciplina del 888.º Ejército Imperial de Phaeria alzó un puño.

«Quietos. Quedaos quietos y escuchad. Si escuchamos, sobreviviremos.»



Su brocada y su chaqueta parecían fuera de lugar cuando estaba en compañía de sus guerreros, quienes llevaban el corpulento pecho al descubierto. Los habitantes del mundo letal Phaeria eran hombres toscos y musculosos que estaban acostumbrados a los deltas y a los pantanos en los que no existía ningún sendero. Varias calaveras colgaban de sus bandoleras, cuyas bocas abiertas repiqueteaban como si se estuvieran riendo. Unos tatuajes de camuflaje trazaban franjas en sus rostros agresivos, pero

no podían ocultar el miedo que sentían. Se suponía que debían estar en su elemento.

En aquel momento, los corazones que latían en dos mil pechos provocaban un clamor mayor que el de la selva entera. El bosque entero estaba conteniendo la respiración.

El maestro de disciplina alzó su bastón castigador y estuvo a punto de ordenar que avanzaran cuando el ciberhalcón que estaba posado sobre su hombro soltó un graznido. La advertencia llegó demasiado tarde. Como si estuviera soltando el aliento de golpe, la selva abrió las fauces y el maestro de disciplina desapareció. Se encontraba allí y al instante ya había desaparecido, igual que el guerrero anterior. Los estaban derribando uno a uno.

El fuego de una docena de rifles alcanzó el agujero que había dejado el maestro de disciplina tras de sí, pero el rastro ya se había perdido antes de que los guerreros tuvieran tiempo de percatarse de que estaban apuntando a la nada. El orden desapareció junto con el maestro de disciplina y los supervisores del ejército no fueron capaces de impedir que la infantería, formada por dos mil guerreros, diera paso al caos con sus autocarabinas y mosquetones de metralla. Los láseres ardientes y los proyectiles sólidos salieron en todas direcciones al tiempo que los guerreros descargaban su miedo hasta que se les agotaron los cartuchos. Las secciones de artillería Tarántula y Rapiér añadieron su fuego pesado a la cortina de fuego. La espesa selva que les rodeaba se convirtió en una llanura cubierta de mantillo en menos de un minuto. Los electroaguijones y las órdenes amplificadas por los altavoces, gritadas a un volumen ensordecedor, consiguieron volver a contener la locura.

Siguió silencio estúpido, solo acompañado por jadeos y susurros nerviosos.

La tregua no duró mucho.

Surgieron monstruos de la oscuridad. Unas enormes bestias, cuyos alaridos eran más altos que la voz aumentada de cualquier supervisor, embistieron contra la columna de hombres y mataron a phaerios por doquier. En uno de los flancos, la columna se torció y se rompió cuando otras bestias colosales con escamas, un cuerno en el hocico y protegidas por un caparazón de hueso, cargaron contra ella. Los primeros phaerios en caer fueron pisoteados hasta no ser más que una pasta, mientras que los siguientes acabaron siendo lanzados por los aires o corneados hasta la muerte. Otras bestias, más pequeñas que las anteriores pero de mayor tamaño que un hombre, se abrieron paso entre las colosales. Eran saurias

como las más grandes, aunque de naturaleza y aspecto aviario. Galopaban y saltaban entre los pelotones dispersos y los atacaban con sus espiones. Al haber perdido su cohesión de semejante forma, los phaerios, desperdigados, eran presa fácil. Unos jinetes encapuchados dispararon con sus rifles largos y alienígenas al tiempo que sus cascos, de forma cónica, brillaban de un color blanco nacarado.

Un alarido que procedía de encima de sus cabezas cortó el aire, y, un segundo más tarde, las densas copas de los árboles se abrieron al dejar paso a una bandada de reptiles con alas. Una ráfaga fortuita de un sistema Rapier alcanzó a las alas membranosas de uno de ellos, lo que hizo que tanto la bestia como su jinete cayeran en picado hasta su muerte. Sin embargo, el resto de su especie consiguió reducir a los exultantes artilleros del ejército a una niebla visceral.

El ambiente se sentía denso por la sangre y los gritos según el destrozado regimiento se consolidaba en el claro que habían creado. Ya no formaban una columna, y el círculo de cuerpos, que cada vez se veía más y más reducido, ofrecía poca resistencia a los alienígenas y a sus bestias con escamas. No era un lugar apropiado en el que establecer una última defensa, y, al poco tiempo, el Ejército Imperial se encontró corriendo de nuevo, de vuelta a la oscuridad. Los zarcillos de las ramas cobraron vida para agarrarlos de las muñecas y los tobillos, mientras que los lodazales se abrían para tragarse a varios hombres enteros. Las hordas de insectos se alzaron y llenaron las bocas y los oídos de los guerreros al tiempo que la selva entera cobraba vida para repeler a los intrusos.

—¡Adelante! ¡Por Terra! —empezó a gritar un supervisor, antes de que una lanza alienígena le atravesara la garganta. Su atacante liberó el cuerpo del supervisor de su arma con una sacudida indiferente antes de cabalgar sobre un grupo de phaerios heridos con su montura sauria. La intención en la mirada amenazadora del alienígena estaba muy clara:

«Muerte a los intrusos.»

El alienígena cargó hacia delante. Un grito de guerra reverberó a través de la selva como si de un relámpago se tratase para llamar a los otros jinetes, y, tras unos instantes, los phaerios se vieron rodeados por una estampida. El repiqueteo de los mosquetones de metralla y las autocarabinas fue breve y poco eficaz. Los guerreros que se encontraban en la retaguardia, lo suficientemente lejos de la lucha como para no haber quedado ensartados, aplastados o destrozados, simplemente huyeron. Los otros hombres, aquellos salvajes que habitaban un mundo letal, gritaron mientras se perdían entre el calor y la ciénaga. Las bestias aladas,

con las riendas sueltas, se abalanzaban sobre las presas que les vinieran en gana y les daban bocados allá donde aparecieran para la satisfacción de sus espeluznantes amos.

Era una masacre. Los humanos eran un festín de carne para los monstruos saurios de sangre fría.

Desde lo alto, el bosque era un océano de fuego. Las hojas de color rojo y ocre llenaban las copas de los árboles como si fueran venas llenas de sangre que ondeaban en el agua. Entre las fisuras invisibles del sólido mar de color naranja se podían entrever los pterosaurios de caza.

Una voz resonó en la oscuridad del interior de una nave.

—Han entablado combate con la vanguardia del ejército, mi señor.

Una gran figura en la parte trasera del compartimento aspiró el aroma a ceniza. En algún lugar detrás de él, las últimas ascuas de una pira ritual se estaban apagando poco a poco. Las llamas del brasero le iluminaron los ojos cuando alzó la mirada. En aquella oscuridad parecía tener las mismas escamas y el aspecto saurio que los monstruos de la selva que tenían bajo ellos.

Su respuesta, con una voz de una profundidad abismal, fue decidida:

—Enviad a la legión.

• • •

El fuerte zumbido de un motor se abrió paso entre la selva. Bajo ellos, donde el caos y la pérdida de vidas humanas continuaba sin cesar, unos cuantos phaerios supervivientes alzaron la vista. Como si de una providencia divina se tratase, las copas de los árboles se apartaron para revelar la base plana de una cañonera. Su rampa de abordaje estaba extendida, y la oscuridad en el interior del Stormbird se iluminó por el color rojo fuego de las lentes al tiempo que sus ocupantes terminaban sus juramentos del momento.

El primero de los guerreros cayó el suelo con un estruendo ensordecedor. Con su sierra en marcha, el gigante, vestido de color verde oscuro, alzó su pistola bólder.

—¡Juntos! ¡Por la libertad de la humanidad y la gloria de Terra!

Como rayos que alcanzaban la tierra, otros guerreros se unieron al primero, defensores ataviados en armadura con el emblema del voraz dragón en las hombreras.

«Nacimos del fuego.»

Rugieron al unísono.

—¡Vulkan!

Ya había combatido a los eldars en otras ocasiones, aunque nunca como aquella vez. Unido a la 154.<sup>a</sup> Flota Expedicionaria, su tarea había sido luchar contra los invasores piratas, que eran una raza diferente de alienígenas comparados con los que vivían en la selva. Se trataba de horrores súcubos, vestidos de cuero y engalanados con hojas de hueso. Los invasores habían salido del espacio como si una parte independiente del vacío se hubiera separado del conjunto y habían conseguido destrozarse dos fragatas antes de que la XVIII Legión interviniera y repeliera el ataque. Los habitantes de Nocturne los llamaban «espectros del ocaso». Eran fantasmas, ladrones de almas, y él los odiaba con toda la fuerza de la memoria colectiva de su pueblo.

Heka'tan no había entablado combate con los jinetes de dragón antes de aquella batalla. Por mucho que aquellos alienígenas de la selva no contaran con tantos avances tecnológicos como sus parientes, seguían siendo eldars. Y rápidos.

—Flanco izquierdo. —La advertencia que provino del comunicador de la escuadra también apareció en forma de icono en las lentes de su casco. Su pistola bólder seguía escaneando y lanzando fuego semiautomático a un enemigo tan ágil que su buscador de objetivos no daba abasto. El follaje se apartó bajo sus salvas.

—Fuego de ráfagas.

Los legionarios dejaron de apuntar y, en su lugar, se centraron en diversas áreas. Unas furiosas salvas combinadas derribaron al jinete y a tres de los suyos.

Heka'tan vio al hermano Kaitar arrodillarse y recoger cenizas de los restos humeantes de uno de los fuegos que rodeaban el claro para embardurnarse una de sus hombreras.

—Hacia el yunque, capitán.

Heka'tan esbozó una sonrisa bajo su placa frontal y le dedicó un breve saludo a Kaitar antes de abrir el canal de comunicación de la compañía.

—A toda la Decimocuarta: avanzad.

Varios Stormbirds se habían abierto paso a través de las copas de los árboles y habían llevado a guerreros de la XVIII Legión para relevar al ejército asediado. Se reunieron con rapidez y de forma metódica, pues los hijos de Vulkan eran tan rigurosos como su padre en todo lo que concernía a la guerra.

Varias escuadras de la compañía de Heka'tan se agruparon, y un muro de ráfagas de bólter iluminó la selva, persiguió a la oscuridad y dejó los árboles hechos una pila de astillas. La vanguardia eldar se derrumbó ante el muro. Los pterosaurios alzaron el vuelo y se alejaron a través de los espacios entre las copas de los árboles al tiempo que soltaban gritos que prometían venganza. En un intento de impedir el avance de los legionarios, una barrera de estegosaurios surgió de detrás de una muralla de jinetes de raptos que huían.

Heka'tan llamó a una unidad de armas pesadas con una rápida señal de batalla.

Los condensadores empezaron a reunir energía y, cuando los proyectores de rayos de conversión se prepararon para disparar, pasaron de emitir un leve zumbido a unos fuertes golpes. Un sonido chisporroteante surgió de las bocas de fuego y las armas de energía seccionaron el follaje para detonar contra los estegosaurios. Una explosión alcanzó a las bestias y no dejó rastro de ellas salvo varios trozos de huesos húmedos.

Dos dedos haciendo una rápida señal en forma de tijeras hicieron que retornara el fuego de las armas bólter. Heka'tan lideró la línea enfundando su pistola mientras los Salamanders retomaban el control del campo de batalla. La determinación de las unidades del ejército estaba volviendo poco a poco. La aparición de las Legiones Astartes los alentaba según los Salamanders marchaban de forma implacable entre los atemorizados pherios.

Heka'tan clavó la mirada en un supervisor del ejército que estaba intentando restaurar el orden en su pelotón.

—Trae a tus hombres conmigo, guerrero.

El supervisor le dedicó un rápido saludo al capitán.

—¡Por la gloria de Terra y del Emperador! —bramó el supervisor antes de volverse para llamar con mayor fuerza a sus hombres.

A lo largo de la extensión de la selva, los Salamanders estaban retomando el control de las unidades del ejército y abriendo un camino. Con la legión actuando como punta de lanza, el ejército avanzaría por detrás de ellos a modo de soporte.

A pesar de la muerte de los estegosaurios y de las múltiples derrotas que habían provocado los Salamanders en el tramo de dos kilómetros de selva en el que habían aterrizado, los eldars eran tenaces. A lomos de sus monturas lagarto, los jinetes lanzaron una salva de fuego con sus rifles. Los pterosaurios ejecutaron ataques relámpago sobre los legionarios hasta que acabaron perdiendo demasiados ante el fuego de los bólteres de los Salamanders. Un estegosaurio que iba aullando empezó a dar pisotones de

forma desafiante hasta que un misil lo abrió en canal. Cuando la bestia murió, cayó sobre un par de jinetes de raptor y los aplastó con su cuerpo.

Contra las Legiones Astartes, las tácticas de ataques relámpago de los eldars perdían su eficacia.

Según los Salamanders avanzaban, la selva que tenían frente a ellos empezó a cambiar. Las ramas se entrelazaban entre ellas, y las hojas y las vides se unían para formar gruesos muros. En pocos minutos, un herbáceo callejón sin salida ya se había formado delante de los legionarios. A través de las lentes de su casco de batalla, Heka'tan aún podía detectar numerosos rastros de cuerpos del enemigo, allá donde los estaban esperando en la oscuridad. Los miembros más rápidos de las fuerzas de los eldars los estaban volviendo a rodear. Las manadas de raptos saltaban en su visión periférica y formaban una colorida niebla al tiempo que sus familiares pterosaurios encontraban lugares donde posarse en los árboles más altos para prepararse para lanzarles una emboscada.

El icono del quinto sargento Bannon se iluminó al lado de los datos de objetivos en la lente izquierda de Heka'tan cuando el capitán abrió un canal de comunicación.

—Fuego e infierno, hermano.

Un símbolo de confirmación parpadeó una vez antes de que la primera línea de Salamanders se retirara y se colocara en formación de fuego de supresión.

El supervisor del ejército, cuyo pelotón se había unido a la escuadra de Heka'tan, se lo tomó como una señal para avanzar junto con sus phaerios hasta que el legionario lo detuvo.

—Todavía no —dijo él, reteniendo al humano.

—¡Estamos listos para morir por la gloria del Emperador, mi señor!

—Y así será, humano, pero si avanzáis ahora vuestra muerte no servirá de nada. —Heka'tan hizo un gesto con su espada sierra hacia un movimiento entre las filas de los Salamanders.

El sargento Bannon condujo a seis escuadras de lanzallamas a primera línea.

—¡Fuego e infierno!

Su grito se vio respondido por una vibrante oleada de promethium hirviendo. La selva se encogió ante la conflagración. En los flancos, la munición incendiaria estalló donde los raptos que los rodeaban habían entrado en contacto con las hileras de granadas de fragmentación que habían colocado los exploradores de los Salamanders en los extremos del campo de batalla sin que se dieran cuenta.

Las naves de desembarco llenaron el cielo en aquel momento, y las llamas que engullían la selva se reflejaron en sus bases metálicas. Los tocónes ennegrecidos y la flora chamuscada se apartaron bajo la corriente de los propulsores de descenso de los Stormbirds. La brisa se llenó de cenizas. Todo estaba en llamas.

Heka'tan alzó la vista al cielo mientras la tormenta de fuego se avivaba a su alrededor. Una nave, alejada de las demás, aún no había descargado ningún guerrero.

—Padre no vendrá con nosotros.

Gravius también se había percatado de la ausencia del primarca.

El compañero hermano capitán de Heka'tan estaba lo suficientemente cerca de él para poder ver cómo echaba un vistazo al cielo lleno de humo. Su Quinta Compañía estaba avanzando junto a ellos. Más de cuatrocientos legionarios Astartes para domar una simple extensión de selva... la palabra «exceso» se le pasó por la cabeza.

—Vendrá pronto, Gravius —transmitió Heka'tan en un canal cerrado—. Cuando le necesitemos.

Pero la solitaria rampa del Stormbird permaneció cerrada.

En la bodega de la nave, el calor sobrepasaba los límites del aguante humano.

Los guerreros que se encontraban en su interior no sudaban. Ataviados en su adornada armadura dracónica, mantenían su respiración tranquila y, debido a aquellas exhalaciones firmes, el ambiente estaba cargado del olor a sulfuro.

Uno de los guerreros estaba separado del resto, empuñando una alabarda sierra en su mano cubierta por un guantelete. Unos afilados dientes de dragón, casi tan largos como medio gladio, recorrían los laterales de su casco de batalla, que sostenía en la mano opuesta. A pesar de que la cubierta temblaba de forma violenta por la fuerza de los motores del Stormbird, el guerrero permanecía quieto como una estatua. Una cresta de cabello rojo como la lava separaba su cuero cabelludo en dos perfectos hemisferios como si de una hoja se tratase. Mantuvo la cabeza gacha según se dirigía al gigante que se encontraba en la parte trasera de la bodega.

—La legión se ha dirigido al campo de batalla. ¿Deberíamos acompañarlos, mi señor?

—Aún no —repuso la voz insondable—. Esperemos mientras el yunque los temple.

Heka'tan comprobó los sensores automáticos de su armadura y el vaho escapó de la rejilla de su casco. Las lecturas de temperatura indicaban que se encontraban por debajo del punto de congelación. La escarcha que cristalizaba los destrozados árboles de su alrededor hizo que descartara un posible fallo del sistema de la armadura. El hielo y la nieve estaban extinguendo la purga de fuego. Para reaccionar ante aquel asalto, Bannon avanzó y ordenó a sus hermanos de batalla que abrieran más las bocas de sus lanzallamas. Una cálida luz resplandeció por un momento, pero el frío que se cernía sobre ellos se intensificó y ralentizó las llamas.

El promethium ardía rápido, por lo que el sargento Bannon no podría mantener la tormenta de fuego mucho tiempo más antes de necesitar recargar. En aquel momento, las hojas llenas de escarcha y los caminos cubiertos de nieve rodeados de charcos congelados suplantaron el páramo ennegrecido por el fuego que habían creado los lanzallamas. Los árboles destrozados se convirtieron en esculturas de cristal y las hojas marchitas de las plantas se transformaron en abanicos de hielo al tiempo que un espeluznante invierno caía de forma imposible sobre la selva. Tras aquel agresivo frente de frío, todo comenzó a derretirse con la misma rapidez. Las hojas renacieron debajo de la nieve, unos brotes surgieron de la ceniza y crecieron de retoños a árboles adultos en cuestión de segundos. El calor tropical volvió a cobrar fuerza, y la destrucción que habían provocado los Salamanders pareció que nunca hubiera existido.

A Heka'tan solo se le ocurría una explicación.

—Los alienígenas cuentan con psíquicos cerca —siseó en el canal de comunicación—. Encontradlos.

Cazar a los brujos no fue necesario, pues surgieron del bosque desprendiendo una luz verde. Una descarga golpeó a un legionario en el pecho, lo que anunció la presencia de los psíquicos. Unas diminutas ondas de energía surgieron del punto de impacto, y el hermano Oranor se sacudió debido a la descarga eléctrica que había recibido. Antes de que su armadura humeante cayera al suelo, su escuadra ya estaba respondiendo. Las explosiones de bólter surgieron cuando los Salamanders dieron rienda suelta a su ira y se disiparon contra un escudo psíquico que protegía a los eldars. El aquelarre, compuesto por doce miembros, usaba sus poderes psíquicos por turnos, atacando y defendiendo de forma alternativa. Los escudos cinéticos invisibles brillaban de forma efímera ante el impacto incandescente de los misiles. Las ráfagas de lanzallamas hicieron que los escudos psíquicos relucieran de un color chillón y aceitoso, pero los brujos permanecieron ilesos y listos para desatar unos rayos con for-

ma de tentáculos capaces de destrozar las placas de batalla de los legionarios con suma facilidad.

Por encima del rugido de la tormenta, Heka'tan escuchó con atención.

—¿Oyes un cántico, hermano capitán? —le preguntó Luminor, su apotecario.

Heka'tan asintió lentamente. Vio a una bruja con el rostro descubierto entre el aquelarre. Y sí, sus labios se movían al ritmo repugnante de un cántico.

—Es brujería. No dejes que te afecte.

El hermano Angvenon estaba en el lado opuesto del capitán e hizo un gesto con la afilada sarisa de su bólter.

—Algo está ocurriendo... —empezó a decir.

Heka'tan vio el peligro demasiado tarde.

—¡Atrás! —ordenó.

Una enorme maraña de espinas surgió de la tierra y atrapó la vanguardia de los Salamanders. Los eldars estaban usando su brujería para poner la selva en su contra. Las unidades de soporte del ejército fueron estranguladas y aplastadas. Heka'tan blandió su espada sierra, pero el mecanismo quedó inutilizado ante tantas plantas. Los dientes de la sierra se atascaron y se detuvieron. Pese a que trató de resistirse contra las plantas que lo ataban, las raíces y las vides lo golpeaban en las extremidades y tiraban de él. Las fibras musculares de sus brazos y su espalda sufrieron con el esfuerzo de intentar escapar. Estiró una mano hacia el supervisor del ejército, pero tanto él como sus hombres murieron asfixiados en un instante. Sus dedos retorcidos sufrieron espasmos al tiempo que los veía morir y desaparecieron por completo cuando la selva los consumió.

Un sutil cambio en el cántico de sirena de la bruja hizo que las raíces serpenteantes se retorcieran aún más para quitar las armas a los guerreros y tirar de sus extremidades. Por mucho que trataran de resistirse, los Salamanders estaban siendo arrastrados hacia la tierra del mismo modo que les acababa de ocurrir a los guerreros humanos.

—¡Fuego! —bramó el sargento Bannon mientras rotaba sus lanzallamas para enfrentarse a la selva que había cobrado vida. Aun así, sus seis escuadras quedaron cubiertas por la flora antes de que pudieran consumir el combustible que quedaba en sus tanques.

Toda la primera línea de los Salamanders estaba atada por la vegetación que los estrangulaba y los aplastaba, lo que detuvo el asalto.

Los gritos de júbilo de los jinetes de raptor atravesaron el aire, seguidos de los profundos rugidos de los estegosaurios. Las sombras de los

pterosaurios que los sobrevolaban y se lanzaban hacia ellos aparecían y desaparecían sobre las armaduras de los Salamanders.

—¡Liberaos! ¡Contraatacad! —Heka'tan consiguió liberar una de sus muñecas y disparó una línea de fuego explosivo con su bólter hacia las enredaderas de la ciénaga. Su guardia de honor lo imitó blandiendo sus espadas sierras y sus gladios contra el follaje poseído.

Delante de él, pudo oír cómo los eldars regresaban.

Y, aquella vez, no estaban solos.

Un grave rugido sacudió la tierra bajo los pies de Heka'tan y este dejó de intentar liberar su brazo dominante para determinar de dónde procedía el sonido. Desde las profundidades arbóreas, una enorme manada de depredadores alfa se unió al revitalizado asalto de los eldars. Los carnodontes eran inmensos: tres veces más altos que un legionario, con grandes músculos de firmes tendones y un pellejo escamado. A pesar de que no eran tan corpulentos como los estegosaurios, lo que les faltaba de masa corporal lo compensaban con una mayor rapidez para matar y un par de letales mandíbulas serradas. Una fría inteligencia relucía en los ojos de los monstruos y los jinetes eldars que los cabalgaban resultaban tan imponentes como reyes salvajes de la jungla.

La manada de depredadores se abrió paso entre los eldars, adelantando con facilidad a los raptores, que eran más pequeños, y a los voluminosos estegosaurios. Incluso los pterosaurios, cuyos jinetes describían círculos sobre el lugar como aves de carroña, se mostraban reticentes a atacar con los carnodontes tan cerca.

Sintiéndose atrapado, Heka'tan sabía que los Salamanders iban a perder a muchos de los suyos en aquel momento. En el flanco derecho, vio como el venerable hermano Attion se liberaba de sus ataduras arbóreas y lanzaba un contraataque a uno de los depredadores alfa. El dreadnought lo golpeó con su puño de combate, lo que hizo que la sangre brotara del hocico del monstruo. Intentó apuntar a la bestia con su pesado bólter, pero el monstruo lo desvió con una de sus garras y la descarga alcanzó el suelo en lugar de la carne.

Attion sujetó al carnodonte por el cuello con su puño de combate y mantuvo sus fauces a raya mientras intentaba lanzar a la bestia al suelo. Los pistones de las piernas del guerrero sufrían bajo la fuerza feroz de la bestia. Su rostro, enmarcado en un casco y no tan diferente al del resto de sus hermanos, no mostraba ningún tipo de emoción, aunque el brillo de las lentes —que simulaba la mirada ardiente de un Salamander— y los zumbidos de los servos de los mecanismos que proporcionaban po-

tencia a sus brazos dejaban claro que la pelea se estaba dando entre un monstruo y un hombre máquina.

Attion lanzó una ráfaga de fuego del arma montada en su hombro y por un momento pareció haber tomado la delantera, antes de que el carnodonte contraatacara con su larga y gruesa cola para golpear al Salamander en las piernas y lanzarlo al suelo. Attion tuvo que soltar la garganta de la criatura y cayó.

Tras su placa frontal, Heka'tan lo miró con los ojos como platos, pues jamás había visto a un dreadnought ser derrotado con tal facilidad. Se trataba de guerreros eternos, honrados con un confinamiento en una poderosa y monstruosa armadura de batalla. Antes de que Attion pudiera defenderse, el monstruo ya había colocado su mandíbula alrededor de la sección del torso que contenía el cuerpo atrofiado del venerable guerrero y había hincado los dientes.

Los juramentos del momento y los pergaminos quedaron destrozados por los afilados colmillos de la criatura y salieron volando a la cálida brisa. Décadas de hazañas honorables, promesas de valor y lealtad desaparecieron en cuestión de segundos. El adamantio, imposiblemente duro, se dobló y crujió bajo la increíble presión que ejercía el carnodonte, y se crearon fisuras en la sección del torso del dreadnought que se ampliaron hasta convertirse en grietas según alcanzaban el casco de Attion. Mientras tanto, el jinete eldar mantenía la mirada en la matanza con indiferencia. El refugio sepulcral del Salamander se abrió por completo y los pequeños ojos férales de la bestia miraron al legionario, inundado de líquido amniótico y sangre. El carnodonte emitió un rugido para expresar su poder y su hambre, con los colmillos enrojecidos expuestos en un gruñido brutal que presagiaba el destino de Attion. El Salamander había combatido en las guerras de unificación y había sido de los primeros de la Decimoctava que había nacido en Terra. No era un final apropiado para un guerrero de semejante calibre.

Después de haber acabado, el carnodonte alzó su rojizo hocico, pues no había quedado satisfecho con el pequeño bocado que había representado Attion. El jinete del monstruo levantó su lanza de energía para llamar al resto.

Heka'tan redobló sus esfuerzos.

Los lanzallamas de Bannon fueron los siguientes en recibir el impacto. Varios legionarios quedaron aplastados bajo los carnodontes, con sus placas de batalla hundidas y rasgadas por los golpes de las garras de los monstruos. A otro de ellos lo partieron por la mitad de un mordisco,

pues la bestia había sacudido al guerrero de un lado a otro antes de que se le partiera el torso.

La sangre y las vísceras superhumanas llovieron sobre los hermanos de batalla caídos de los Salamanders, lo que encendió su ira. La misma bestia se dirigió hacia Bannon, pero el sargento había conseguido liberar su espada sierra y pudo propinarle un tajo al carnodonte a lo largo de la nariz. Las escamas cayeron junto con un chorro de la sangre del monstruo y ungieron su pequeña victoria. Si bien Bannon trató de mover el cuerpo para defenderse de otro ataque, las raíces que lo ataban lo ralentizaron el tiempo suficiente para que otra bestia le arrancara el brazo. Bannon luchó con su pistola bólter sin dejar de sangrar y gritó desafiante a los monstruos.

Heka'tan estaba observando, aún medio atado por la selva, cuando la voz del sargento crujió en el comunicador de la escuadra. Tenía la respiración entrecortada y le costaba hablar.

—Estamos acabados, capitán...

Los saurios más pequeños se estaban acercando a ellos, remataban a los heridos y se lanzaban mordiscos entre ellos en una lucha por ser el más dominante y el que más vidas se cobraba.

Los lanzallamas ya estaban siendo descuartizados. Siete de los monstruos vagaban entre ellos, matando y destrozando legionarios. En cuanto los raptos más pequeños los alcanzaran...

Heka'tan apretó la mandíbula. Habían perdido a Bannon.

—Parte con gloria, hermano. Te recordaremos. —El capitán se aseguraría de que así fuera. Cuando hablara con los rememoradores, no pensaba olvidar ni un solo detalle del heroísmo del sargento.

Bannon dio su última respuesta:

—En nombre de Vulkan...

Una abrasadora tormenta de fuego estalló a través de la selva unos segundos más tarde. Los carnodontes y los raptos más ansiosos quedaron atrapados en ella cuando los hombres de Bannon detonaron sus lanzallamas. Las llamas arrasaron la primera línea, bañaron a los Salamanders en un fuego purificador y redujeron las ataduras del bosque a cenizas.

No quedaba rastro de las unidades del ejército que habían permanecido atadas en la vanguardia. Unos pocos Salamanders estaban muertos o malheridos y algunos de ellos estaban medio hundidos en la tierra.

—¡Vengadlos! —ordenó Heka'tan en el comunicador.

Los restos de la vegetación que había ardiendo llenaban el campo de batalla de un color gris sepulcral. Heka'tan y los supervivientes avanzaron

con dificultad a través de los sucios copos de nieve que volaban a la deriva. Delante de ellos, donde los lanzallamas se habían sacrificado, se encontraban siete montículos en la tierra, como si fueran túmulos. Permanecieron inactivos durante tan solo unos segundos, antes de que cada uno se derrumbara en un aluvión de ceniza. Quemados pero todavía con vida, los carnodontes surgieron de los montículos de ceniza y soltaron un rugido colectivo para luego cargar contra los Salamanders que se dirigían hacia ellos.

Solo unos pocos de los lanzallamas de Bannon habían perecido en la tormenta de fuego. La mayoría de ellos, por muy ennegrecidos y quemados que hubieran quedado, se pusieron de pie y se unieron a sus hermanos. Los Salamanders eran una raza tenaz, aunque haría falta algo más que negarse a morir para derrotar a aquellos monstruos.

El grito alentador de Heka'tan se convirtió en un alarido que resonó con el chirrido de su espada sierra. Las matrices de localización de objetivos de su casco se alinearon con uno de los carnodontes en un choque directo. Se trataba del líder de la manada, el que había acabado con la vida de Attion. Estaba cogiendo impulso con cada enorme paso que daba, hasta alcanzar una fuerza equivalente a un tanque de batalla; sus colmillos eran tan largos como la espada sierra de Heka'tan y podrían destrozar sus placas de armadura con la facilidad de un hacha de energía. Ningún hombre, ni siquiera un marine, sería capaz de enfrentarse a semejante monstruo...

Solo que Vulkan era algo más que eso.

El primarca aterrizó frente a Heka'tan como un dios con escamas. Su armadura de batalla era ancestral e impenetrable, fabricada con sus propias manos y adornada con cabezas de dragones y otras iconografías forjadas con cuarzo que la hacían única. Unas placas de color verde oscuro, colocadas unas sobre otras en los bordes, le daban un aspecto semejante al de un reptil. Una de las placas de sus hombros mostraba la cabeza de Kesare, una bestia que él mismo había aniquilado hacía mucho tiempo, mientras que la otra estaba envuelta con su manto, una capa de escamas de dragón de fuego que resultaba prácticamente impenetrable. Tras la placa frontal de su casco con forma de un dragón con las fauces abiertas se encontraban unos ojos tan profundos como fosos de lava, y el calor de su intensidad surgía del primarca como si se pudiera palpar. Su capa de dragón relucía bajo las luces del motor del Stormbird que tenían sobre sus cabezas al tiempo que el primarca blandía su martillo de forja y un haz de electricidad recorría el mango.

Cuando habló, pareció producirse un temblor en la tierra, como si su voz tuviera el poder de derribar montañas.

—¡Soy Vulkan y he derribado a bestias más fieras que tú!

El carnodonte ralentizó su marcha, y la duda brilló en sus ojos.

Su jinete eldar soltó un alarido a modo de orden. Su rostro tatuado no estaba cubierto por ningún tipo de casco y mostraba el odio que sentía el alienígena por los intrusos.

El monstruo cogió fuerzas, mostró los colmillos y abrió las fauces de par en par para dar un mordisco mortal.

Vulkan cuadró sus enormes hombros acorazados, agarró el martillo con ambas manos y lo blandió. Era rápido, más rápido de lo que alguien que empuñara un arma como aquella debería ser, y consiguió pillar por sorpresa al eldar y a su montura. El impacto que se produjo fue espectacular: una horripilante fusión de fragmentos de hueso, restos de cerebro y sangre surgieron de donde la cabeza del carnodonte había estado hacía tan solo un instante. El golpe produjo un temblor que hizo que Heka'tan y el resto de los Salamanders cayeran de rodillas. El temblor avanzó como una onda expansiva y alcanzó al resto de los carnodontes, que retrocedieron y chocaron unos contra otros antes de estrellarse contra el suelo. Las manadas de rápidos raptos quedaron aplastadas; los jinetes cayeron. El impulso del golpe empujó al monstruo sin cabeza en su último estertor y cavó una profunda zanja en la tierra que se convirtió en su tumba.

Vulkan ignoró a la bestia y se dirigió a los monstruos que aún seguían con vida.

Siete guerreros, ataviados con armadura de escamas de dragón y empuñando hojas y mazas de un diseño único, se unieron al primarca.

—¡Aniquíladlos! —rugió el primarca hacia la Guardia de la Pira.

Vulkan volvió a blandir el martillo. En tres ocasiones más, la electricidad surgió de su arma celestial y provocó otros tantos cadáveres de carnodontes, que quedaron destrozados sobre la tierra.

Inspirados por su señor, los Salamanders acabaron con el resto.

El fuego de la gloria ardió en la sangre de Heka'tan. Luchar en el mismo campo de batalla que el primarca era todo un honor y sentía cómo el poder y la valentía lo inundaban. Si bien el yunque había roto a algunos, él seguía con vida y había sido templado en un acero irrompible. Para cuando la batalla hubo acabado, tenía la garganta seca y su corazón cantaba la letanía de la guerra.

Captó la mirada de Gravius por encima de los cuerpos destrozados de los alienígenas.

—Hacia el yunque, hermano.

Heka'tan le dedicó un saludo.

—Te dije que vendría. Gloria a la Legión.

—Gloria a Vulkan —repuso Gravius.

Los últimos eldars huyeron hacia las profundidades de la selva.

Heka'tan observó cómo se marchaban antes de dirigir su mirada a Vulkan. ¿Cuántas veces había salvado a sus hijos de una muerte segura y había cambiado las tornas de la batalla cuando todo parecía perdido? Si bien los Salamanders eran una de las legiones más pequeñas, habían servido a la Gran Cruzada con orgullo y honor. Heka'tan no podía imaginar un momento en el que no hubiera sido así. Vulkan era tan robusto y firme como la propia tierra y siempre sería su padre. Ninguna proeza sería demasiado para él, no existiría ninguna guerra en la que él no pudiera triunfar.

Hinchó el pecho.

—Sí, gloria a Vulkan.

Numeon estaba sacando la hoja de su alabarda del cráneo de un estegosaurio moribundo.

—Deberíamos perseguirlos, mi señor. Varrun y yo podemos asegurarnos de que no vuelvan —prometió, con una mirada feroz. Se había quitado el casco de batalla y había permitido que el calor de la selva alcanzara su piel de ébano.

Vulkan alzó una mano, sin devolverle la mirada a su campeón.

—No. Estableceremos nuestra zona de aterrizaje aquí y nos agruparemos. Antes de nada quiero hablar con Ferrus y Mortarion. Si pretendemos que esta campaña tenga éxito y que quede un planeta que podamos entregarle al Imperio, debemos trabajar juntos. Estas tierras son ricas y proporcionarán muchos recursos a la Cruzada, pero solo si no está manchada por la guerra por conseguir la conformidad de Uno-Cinco-Cuatro Cuatro.

Era un modo frío y metódico de referirse a un planeta. Quería decir que era el cuarto mundo que domaba la 154.<sup>a</sup> Flota Expedicionaria.

—No creo que ellos lo vean así.

Estaban separados del resto y el único que podía oírlos era Varrun, que era mudo. Alrededor de ellos, en el campo de batalla resonaban frías y esporádicas ráfagas de bólter según ejecutaban a los supervivientes xenos. A cierta distancia, los maestros de disciplina estaban llamando a las unidades del ejército para un improvisado recuento de los números de sus tropas.

En aquel momento, Vulkan sí miró directamente a Numeon.

—Di lo que piensas.

—La Decimocuarta nos trata con desdén y la Décima como si fuéramos unos legionarios menores. No veo cómo podría producirse una coalición entre ellos y los Salamanders, al menos no una que se produzca con facilidad.

—No podemos aislarnos a nosotros mismos, Numeon. Lo que pasa es que Mortarion es orgulloso. En nosotros ve una fuerza tan implacable como su propia Death Guard, eso es todo. Ferrus es tanto mi aliado como aliado de esta legión, aunque... bueno, digamos que mi hermano siempre ha tenido un lado demasiado intenso. En ocasiones aísla su mente de todo lo que no sea el credo de los Iron Hands.

—La carne es débil. —Numeon torció el gesto al repetir la doctrina de la X Legión—. Se refieren a nosotros. Nosotros somos los débiles. —Si bien el comportamiento del campeón sugería que quería demostrar lo contrario, los Iron Hands se encontraban a demasiada distancia como para presenciarlo, pues estaban en la península oriental del continente desértico de Uno-Cinco-Cuatro Cuatro.

—Se refieren a cualquiera que no pertenezca a la Décima —lo interrumpió Vulkan—. No es nada más que orgullo. ¿Acaso tú no estás orgulloso de tu legión?

Numeon hizo un saludo con fuerza en su pechera. Para ser un Salamander, contaba con la rigidez de uno de los propios hijos de Guilliman.

—Soy un Nacido del Fuego, mi señor.

Vulkan esbozó una sonrisa y alzó las manos para mostrar que no había pretendido faltarle al respeto al veterano.

—Has estado en mi Guardia de la Pira desde el principio, Numeon. Tanto tú como tus hermanos me conocisteis en Prometeo. ¿Lo recuerdas?

El diligente guerrero hizo una reverencia antes de responder.

—Está grabado a fuego en mis recuerdos, mi señor. Reunirnos con nuestro padre fue el mejor momento de la Legión.

—Sí, también lo fue para mí. Tú, de entre todos los dragones de fuego, eres preeminente, mi primer capitán, mi palafrenero. No te tomes las palabras de la Décima tan a pecho, hermano. A decir verdad, ellos solo desean demostrar su lealtad y su valor a su padre, igual que todos nosotros. A pesar de su apariencia arisca, Ferrus tiene mucho respeto por sus compañeros legionarios, en especial los de la Decimoctava. Tú ardes con la pasión y la furia de los Salamanders. —Vulkan esbozó una sonrisa tan

salvaje que se hizo evidente en su tono de voz—. La frialdad de una mente medusana no se nos puede comparar, ¿no crees? —Le dio una palmada a Numeon en el hombro, pero la afabilidad del primarca se estaba desvaneciendo—. Tierra, fuego y metal... los miembros de la Decimoctava hemos sido forjados para resistir. Nunca lo olvides.

—Su sabiduría es un ejemplo de humildad, mi señor, pero nunca he entendido su templanza y su compasión —confesó Numeon.

Vulkan frunció el ceño, como si estuviera a punto de impartir una verdad que siempre había mantenido oculta, aunque luego su expresión se tornó más dura de nuevo y dejó de mirar a los ojos al campeón.

Numeon estaba a punto de repetir la pregunta cuando Vulkan alzó una mano para exigir silencio. La mirada penetrante del primarca se clavó en los árboles que los rodeaban. A pesar de que Numeon no podía determinar qué había capturado la atención de su padre, sabía que la vista de Vulkan era mucho más aguda que la de todos sus hermanos. La tensión en la postura de Vulkan se transfirió a su Guardia de la Pira y se desvaneció en cuanto el primarca se relajó de nuevo.

Vulkan hizo un gesto, al parecer, hacia el aire.

—Dejaos ver. No temáis, no os haremos ningún daño.

Numeon ladeó la cabeza, confuso. Sus ojos rojos se posaron sobre el primero de los humanos que emergía del bosque y blandió su alabarda frente a su primarca de forma protectora. Era extraño que no los hubiera detectado.

—No te preocupes, hermano —lo tranquilizó Vulkan, acercándose a los aterrados habitantes de la jungla. Habían surgido de lugares ocultos en las profundidades de los árboles, de troncos sombríos o nidos elevados. Algunos parecían salir de la propia tierra, pues abandonaban refugios subterráneos. Varios tatuajes tribales marcaban sus rostros y sus cuerpos estaban envueltos en una indumentaria hecha de corteza de árbol quemada y hojas entretrejidas. A pesar de tener un aspecto salvaje, eran humanos. Y solo en aquel momento, cuando la batalla ya había terminado, habían decidido salir de su escondite.

Vulkan se quitó el casco, una cabeza de dragón con las fauces abiertas y una inmensa cresta parecida a una llama. Las cicatrices de honor describían un largo legado de hazañas heroicas sobre un rostro de ónice que también poseía cierta suavidad, a pesar de estar templada por la impotencia del primarca.

—¿Ves? —le dijo a un niño lo suficientemente valiente como para mantenerse firme—. No somos monstruos.

Allí, frente al gigante y diabólico primarca, la expresión de terror del niño sugería que estaba pensando todo lo contrario.

Detrás de él, el resto de los humanos de su tribu se encogieron de miedo.

A pesar de estar arrodillado, Vulkan era mucho más alto que el niño. El primarca enfundó su martillo de forja en su espalda y se acercó al niño con las manos abiertas para mostrarle que no portaba ningún arma. El resto de la Guardia de la Pira se había reunido a su alrededor. Numeon había convocado a los demás con la jerga de batalla de los habitantes de Prometeo, que solo conocían los Dragones de Fuego, y todos observaban la situación con recelo.

Habían jurado proteger al primarca y eran guerreros sin parangón. Al haber nacido en Terra, no siempre eran capaces de apreciar los sentimientos prácticos de la cultura de Nocturne en la que se había criado Vulkan, pero sabían cuál era su deber y lo sentían en su sangre mejorada genéticamente.

Sintiéndose más valientes gracias al niño curioso, otros refugiados humanos empezaron a salir de la selva, hasta que varios cientos de ellos se habían unido a los pocos que habían surgido en un principio. Tras un breve y atónito silencio, empezaron a gimotear para suplicar piedad. Si bien era difícil entender sus palabras, había una en concreto que repetían sin cesar: «Ibsen».

Así que aquel lugar tenía nombre después de todo.

Vulkan se puso de pie para observarlos mejor, y los humanos liberados se apartaron de él al instante.

—¿Qué deberíamos hacer con ellos, mi señor? —preguntó Numeon.

Vulkan se los quedó mirando otro momento más. Ya había varios cientos de refugiados. Algunos miembros del ejército habían empezado a rodearlos, mientras los rememoradores alcanzaban la zona de aterrizaje y comenzaban a documentar y a hacer preguntas, una vez se hubo determinado que el área era segura.

Una mujer, tal vez la madre del niño valiente, se acercó a Numeon y empezó a llorar y balbucear. El idioma nativo de aquel lugar era una extraña mezcla del habla de los eldars con palabras protohumanas. Los xenolingüistas que tenían alrededor y se encontraban con las tropas de invasión estaban tratando de entender lo que querían decir los humanos, y pudieron asumir que, aunque estaban nerviosos, se alegraban de que los hubieran liberado del yugo de los alienígenas.

La mujer rascó la armadura de combate de la Guardia de la Pira, y

parecía que Numeon iba a apartarla a la fuerza cuando una mirada de su primarca lo detuvo.

—Solo están asustados, no es algo que no hayamos visto antes. —Vulkan apartó a la mujer histérica de su palafrenero con amabilidad. Al recibir el toque del aura del primarca, la mujer se calmó lo suficiente como para que un guerrero del ejército pudiera llevársela. Un poco más allá, un pictógrafo se iluminó según uno de los rememoradores registraba el momento para la posteridad—. Tú.

El hombre se estremeció al ver que Vulkan se dirigía a él directamente.

—¿Mi... mi señor?

—¿Cómo te llamas?

—Glaivarzel, mi señor. Soy imaginista.

Vulkan asintió.

—Entrega tu pictógrafo al maestro de disciplina más cercano.

—¿Mi... mi señor?

—Nadie debe ver que somos salvadores, Glaivarzel. El Emperador quiere que seamos guerreros, la encarnación de la muerte. Ser algo menos que eso pondría en peligro a la Cruzada y a la Legión. ¿Queda claro?

El rememorador asintió con lentitud y le entregó su pictógrafo a uno de los maestros de disciplina phaerios que había escuchado el intercambio de palabras.

—Al terminar la guerra, tienes mi permiso para venir a hablar conmigo —continuó el primarca—. Te hablaré sobre mi vida y sobre la llegada de mi padre. ¿Será eso suficiente recompensa por la pérdida de tus imágenes?

Glaivarzel asintió antes de hacer una reverencia. Parecía haber perdido la capacidad de hablar de repente. Cuando se apresuró a marcharse, Vulkan devolvió su atención a Numeon.

—He visto el miedo —le contó—. En Nocturne, cuando la tierra se abrió y el cielo lloró lágrimas de fuego. Eso sí era miedo de verdad. —Posó la mirada sobre los miembros de la tribu, mientras los guerreros se los llevaban lentamente—. Debería ver sufrimiento. —Su rostro se tornó duro e impasible—. Pero ¿cómo puedo sentir compasión por una raza cuyos problemas no tienen punto de comparación con los que ha sufrido mi propio pueblo?

Desconcertado y sin nada mejor que decir, Numeon contestó:

—No soy de Nocturne.

Vulkan apartó su atención de los refugiados y dejó escapar un suspiro, lo que podría haber sido una muestra de arrepentimiento.

—Lo sé... Así que muéstrame, Numeon, ¿cómo podemos liberar este mundo y asegurar su obediencia a pesar de lo que sienten nuestras legiones hermanas?

Una voz ronca y beligerante narraba una imagen de barrido hololítica de un continente desértico salpicado de pequeñas zonas de dura hierba y vegetación con espinas a lo largo de todo el austero paisaje. Sobre todo aquello, el brillo de un sol inclemente bañaba la arena de blanco. Varios monumentos y cúpulas de ladrillo cocido se alzaban entre las dunas y un grupo de ellas rodeaban un enorme menhir hundido en una depresión natural. En aquel punto, la imagen dejó de desplazarse y se amplió. Había varias runas inscritas en la superficie exterior del menhir, cuyo diseño era suave y alienígena. Unos cristales que relucían ligeramente, parecidos a unos rubíes ovalados gigantes, estaban colocados a intervalos precisos y entrelazados con las runas núcleo por unas líneas que emanaban de estas.

—Los alienígenas extraen su poder psíquico de estos nodos.

La imagen parpadeó y un holograma del décimo primarca la sustituyó.

Ferrus Manus era un gigante metálico ataviado en una servoarmadura de color negro como el carbón. Su mundo natal, Medusa, era un páramo helado que se reflejaba en el escalofriante color plateado de sus ojos sin pupilas y en la frialdad glacial de su carne rasguñada por un cuchillo. El hermano de Vulkan no llevaba casco, por lo que mostraba —de un modo un tanto desafiante— un rostro curtido por la batalla enmarcado por un cabello oscuro cortado a ras. Ferrus era un horno cuya llama nunca se apagaba; su ira se encendía con facilidad y tardaba en apaciguarse. También lo llamaban «la Gorgona», supuestamente debido a su mirada de acero que podía petrificar a quienquiera que mirara. Una explicación menos extravagante lo relacionaba con el nombre de su planeta natal y su vínculo con la leyenda de Terra sobre la antigua Micenas.

—Nuestros augures han detectado tres nodos como este en la superficie de Uno-Cinco-Cuatro Cuatro, en el continente desértico, el helado y el selvático...

—Conocemos nuestra misión, hermano —lo interrumpió una voz baja y profunda—. No es necesario que nos la repitas.

Un segundo primarca había entrado en el consejo de guerra y se había colocado al lado de Ferrus Manus, aunque ambos estaban a muchos kilómetros de distancia, en lados opuestos del planeta. La yuxtaposición resultaba extraña, pues uno estaba envuelto en una ventisca ártica, mien-

tras que el otro se encontraba bajo el brillo del fiero sol. Si bien Mortarion de los Death Guard era alto y delgado, su presencia era imponente, incluso en forma de holograma.

—Lo que me gustaría saber es por qué hemos acudido tres de nosotros para tomar este mundo, tres legiones unidas a la misma flota expedicionaria... ¿qué hace que este planeta merezca mi atención?

El autoproclamado Señor de la Muerte tenía un aspecto lúgubre. Sus rasgos demacrados, casi esqueléticos, recordaban una figura mítica que procedía de la historia antigua. Era el segador de almas, el recolector de los muertos, aquello a lo que todo hombre temía cuando se le acercaba durante la noche, escondido bajo una capa fúnebre tan gris y efímera como un último estertor. Mortarion era todas esas cosas y mucho más. Por mucho que los Night Lords empuñaran el miedo como si de un arma se tratase, él era la propia encarnación del miedo.

Su piel cinérea y lisa se dejaba entrever tras la rejilla que enmascaraba la parte inferior de su rostro. Una nube de gas rodeaba su cabeza en una miasma pálida, el humo extraído del mortífero mundo Barbarus, y surgía de los confines de su cruda panoplia de guerra. El latón brillante y el acero desnudo revestían su forma. A pesar de que la mayoría de los detalles de su armadura estaban ocultos por una capa gris que fluía y se removía sobre los hombros angulares de Mortarion como si de humo se tratase, una calavera despiadada podía distinguirse en su pechera. Los incensarios de veneno adornaban su enorme figura como si fueran una bandolera llena de granadas. Al igual que su armadura, los incensarios también contenían el aire cáustico del planeta natal del primarca.

Vulkan se agachó para recoger un puñado de tierra y se la mostró a los otros primarcas mientras permitía que esta se deslizara por los dedos de su guantelete.

—Tierra —dijo simplemente el primarca—. Hay un filón de minerales valiosos con piedras preciosas bajo su superficie, en tal cantidad que es imposible contarlas. Lo noto en el aire y lo siento bajo mis pies. Si domamos a Uno-Cinco-Cuatro Cuatro con rapidez, podremos preservarlo. Una guerra larga haría que cualquier botín geológico se redujera en gran medida. A eso se debe, hermano.

—Y esa es la razón por la que debemos atacar los nodos al mismo tiempo, en cuanto yo dé la orden —interpuso Ferrus, con un tono irritado que resultaba bastante obvio.

Un suspiro cansado surgió de los labios del Señor de la Muerte.

—Esta actitud nos está haciendo perder un tiempo muy valioso. La

Decimocuarta debe cubrir más terreno que sus legiones hermanas. —Mortarion se retiró la rejilla del casco para dedicarle una sonrisa a la Gorgona. Era al mismo tiempo un gesto imponente y sin vida, parecido al rictus de una calavera—. Y, además, Vulkan y yo ya sabemos quién está al mando. No tienes por qué sentirte amenazado, Ferrus.

Si bien existía rivalidad fraternal entre todos los primarcas, como consecuencia natural de los orígenes genéticos que compartían, los Iron Hands y los Death Guard la sentían de forma más profunda que el resto. Ambos se enorgullecían del aguante de su propia legión pero, mientras uno buscaba el acero y las máquinas para superar las debilidades, el otro valoraba más la resistencia biológica innata. Hasta aquel momento, las virtudes de ambos grupos no se habían enfrentado entre ellas.

Ferrus cruzó los brazos, plateados como el mercurio, aunque no mordió el anzuelo.

—¿Acaso tu tarea es demasiado difícil, hermano? Tenía entendido que los nativos de Barbarus estaban hechos para cosas peores.

Mortarion entrecerró los ojos y agarró su guadaña con más fuerza.

—¡La legión solo deja muerte a su paso, hermano! Ven a los campos de hielo y observa con tus propios ojos cómo debe librarse una guerra.

—Conozco de sobra los estropicios que dejas a tu paso, Mortarion —le espetó Ferrus, ya incapaz de enfriar su núcleo encendido—. Debemos dejar parte de este planeta intacto si queremos que nos sea útil en el futuro. Puede que tú y los tuyos podáis prosperar en un residuo tóxico, pero los colonos que nos siguen no lo harán.

—¿Los míos? El progreso de tu propia legión es tan lento y tiene tantos problemas como las máquinas que tanto deseáis. ¿Qué hay del desierto? ¿Ya está en nuestras manos?

—Está intacto. Cualquier belicista con las Legiones Astartes a su mando puede desatar la destrucción, pero tus tácticas son demasiado extremas. Uno-Cinco-Cuatro Cuatro no se convertirá en una roca vacía y sin vida mientras yo esté al mando.

—Hermanos...

Ambos primarcas interrumpieron su discusión para mirar a Vulkan.

—Nuestro enemigo se encuentra ahí fuera, no entre nosotros. Deberíamos guardar nuestra ira para ellos y solo para ellos. Todos nosotros ocupamos tres escenarios de guerra muy diferentes, por lo que se necesitan diferentes enfoques, y cada uno de nosotros debe decidir cuál. Nuestro padre nos hizo generales y los generales deben poder liderar.

Mortarion esbozó una leve sonrisa.